Fernando Sánchez Sorondo

DOMINGO

Hoy es domingo en todas partes y a la tarde.
Domingo en tu teléfono. Domingo en los cenicientos suplementos literarios.
Domingo en los corazones francos
de las mucamas y de las señoras sin mucama.
Domingo en las cancillerías.
Domingo en las barbas de los borrachos
-hermosas, canas, tristísimas
como un espejo abandonado.
Es el terrible día en que Dios descansó.
Día frío, ateo y peligroso
en que Dios descansó como un banquero.
Hoy tengo un lugar donde caerme muerto
pero no lo tengo para vivir.

CASUALMENTE

Me he levantado hoy como si nada ni nadie hubiera sucedido,
sin cálculos ni presagios, sin edad,
antes de toda tristeza y de toda palabra,
al margen de todo derecho y de cualquier obligación.
Detrás de la ventana, junto al plátano activo,
el mundo sin escarmiento me instiga a toda empresa.
Al poder y a la gloria, al amor y al dinero,
a embarcarme con mi hijo y cruzar el océano,
no menos que a vestirme de gala y visitarme a mí mismo
o a pasar en limpio el poema de amor
que casi siempre va con uno.
Soy un aficionado a las mañanas, a las vísperas,
al mágico momento en que llegamos a la sala
y la orquesta auspiciosa afina sus instrumentos, las antesalas, las turbinas del avión calentándose,
el golpe en nuestra puerta del que no estamos seguros,
el rostro tan parecido al que esperamos, prefigurándolo,
la carta aún no leída, el regalo no abierto todavía,
la primera conversación, eterna y baladí
con quien fue luego nuestro íntimo amigo,

el más remoto y ambiguo gesto de amor que un día reviviremos
una y mil veces con la amada,
y que pudo, como todo, como nosotros mismos,
ser lo que somos —o no- casualmente.

ESTE SILENCIO.....

Este silencio que seremos
este sonido dado vuelta
de los ojos infantiles,
del blanco, de las manos,
del cuidado, de la fe;
este silencio
que tachamos
con palabras,
contra el que hacemos
el amor, la guerra, hijos;
construimos edificios,
destruimos, nos enojamos
y, orgullosos, lo cubrimos
con banderas y declaraciones.
Contra la buena nueva
que nos trae, elegimos
las noticias, las yemas sucias
de los diarios;
contra su anunciación,
las encuestas, el día a día
de los emails.
Sin embargo no logramos
acallarlo: este silencio
tendrá siempre
la última palabra.
la voz y dilataban el pecho.